CERVANTES, EL *QUIJOTE* Y LA POÉTICA DE LA LIBERTAD

Antonio Rey Hazas

Tratar el tema de la libertad en Cervantes no ofrece, como es sabido, novedad alguna.[1] No es nuestro propósito, por eso, enumerar la frecuencia de su aparición ni desarrollar sus implicaciones culturales, artísticas o filosóficas, sino analizar el mecanismo que hace de la libertad el eje literario de la obra cervantina, el centro medular sobre el que gira buena parte de su portentosa creación, sobre todo por lo que a la quijotesca se refiere, tanto en lo que el texto dice como en lo que hace, tanto por lo que atañe a sus personajes como por lo que afecta al autor y a los lectores. Desde dentro y desde fuera, teórica y prácticamente, en la visión del mundo y en la concepción estética, en la caracterización del personaje y en su percepción de la realidad, la libertad es, en suma, la clave de la poética cervantina, como intentaré demostrar[2] en la páginas que siguen.

Ya en sus inicios literarios, recién llegado del cautiverio argelino, entre 1580 y 1585, se pone de manifiesto el carácter central de la libertad, y no sólo en *Los tratos de Argel*, directamente ligados a dicho tema por razones obvias, sino también en *La Numancia*, lo que ofrece mayor interés. Y ello porque en esta tragedia, una de las mejores del Siglo de Oro, la libertad humana se enfrenta con su mayor enemigo, con el destino. Ante el nefasto futuro que predicen los sacrificios de los sacerdotes numantinos, Morandro se anonada y encoge, pensando que sólo la augurada muerte dará fin a sus desventuras. Pero su amigo Leoncio, rompiendo una lanza por la libertad del hombre aun en las más adversas circunstancias, le dice:

Morandro, al que es buen soldado
agüeros no le dan pena;
que pone la suerte buena

1. Es suficiente recordar el libro de Luis Rosales, *Cervantes y la libertad*, 2 vols., Madrid, Gráficas Valera, 1959-60.

2. Obviamente, esta demostración necesitaría un desarrollo más pormenorizado del que permiten los estrechos márgenes de un artículo, dentro de los cuales, no obstante, sí cabe el armazón suficiente de tal demostración.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

en el ánimo esforzado.
Y esas vanas apariencias
nunca le turban el tino:
su brazo es su estrella y sino;
su valor, sus influencias.[3]

[915-922]

Y no sólo eso, no sólo se trata de que el guerrero fragua su propio destino individual con la fuerza voluntaria de su brazo, sino también de una defensa de la libertad colectiva, a pesar de la sombra amenazante del sino adverso. De ahí que cuando los hombres de Numancia deciden salir a luchar contra los romanos fuera del foso que los asedia, con el fin de morir gloriosamente, sus mujeres se lo impidan, apoyándose, además de en la deshonra que tal acción heroica acarrearía para ellas, en la esclavitud que implicaría para sus hijos:

Y a los libres hijos nuestros
¿queréis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?
. . . . . .
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacisteis,
y que vuestras madres tristes
también libres os criaron.
Decidles que, pues la suerte
nuestra va tan de caída,
que, como os dieron la vida,
ansimismo os den la muerte.

[1.314-1.317 y 1.346-1.353]

Los numantinos todos, hombres, mujeres y niños, individual y colectivamente considerados, ante la condena inexorable del destino, lo asumen y se enfrentan con él, en un acto pleno de libertad y voluntad independiente, dándose la muerte unos a otros, para que los romanos no triunfen sobre ellos, para que la victoria sea de Numancia. De ese modo, sobreponiéndose al sino, por encima de él, ellos deciden, libre y voluntariamente, su final, su destino, y transforman la destrucción de la ciudad en gloriosa hazaña, al destruirla ellos mismos y evitar que lo hagan sus enemigos, que, así, no vencen a nadie, ni destruyen nada, ni despojan de su libertad a ser alguno.

Estas breves consideraciones iniciales pretenden, únicamente, resaltar el hecho de que, ya desde el primer momento, la libertad ocupa un lugar central en el quehacer literario cervantino. No es raro, pues, que cuando llegue la madurez, se potencie y acentúe, desde todos los ángulos de enfoque, dicho carácter medular.

No en vano el *Quijote* pone en boca del morisco Ricote las siguientes y significativas palabras:

3. Cito siempre por nuestra edición, Miguel de Cervantes, *Teatro completo* (edición, introducción y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas), Barcelona, Planeta, 1987.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

> Pasé a Italia y llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia [II,54].

Cuando en 1605 se publica la Primera Parte del *Quijote*, la situación político-social de España no era, como es bien sabido, precisamente libre. Reinaba Felipe III, quien, como los demás monarcas de la Casa de Austria, detentaba el poder absoluto sobre los inmensos dominios de su imperio, aunque a través de sus validos, merced a un complejo y bien organizado sistema burocrático, heredado de su padre,[4] que escalonaba la delegación de su autoridad por medio de los diversos consejos de cada reino, virreinatos, capitanías generales, chancillerías o audiencias, etc. Todos, desde el duque de Lerma o el presidente del Consejo Real hasta el juez o el alguacil; desde el virrey hasta el capitán o el soldado, eran meros representantes, en diferentes grados, de la autoridad real, la única plena e indiscutible, la única verdaderamente legítima.

Don Quijote, en cambio, no parece aceptar tal sistema político, según puede inducirse del famoso episodio de los galeotes. El caballero y Sancho encuentran en su deambular una «cadena de galeotes», unos cuantos delincuentes encadenados que caminan hacia la costa para cumplir su condena en las galeras reales. Nada más verles, ante la afirmación de Sancho de que son «gente forzada del rey, que va a las galeras», el caballero de la Triste Figura se pregunta:

> —¿Cómo gente forzada? [...] ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?
>
> —No digo eso —respondió Sancho—, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras, de por fuerza.
>
> —En resolución —replicó don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.
>
> —Así es —dijo Sancho.
>
> —Pues desa manera —dijo su amo—, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.
>
> —Advierta vuestra merced —dijo Sancho—, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

A continuación, el ingenioso hidalgo conversa con diferentes presos, conoce sus delitos, sabe de su justa condena..., y, a pesar de ello, a pesar de saber que todos son delicuentes justamente condenados por haber infringido la ley, los libera; arremete contra los cuadrilleros de la Santa Hermandad que los custodian, y los deja en libertad. ¿Por qué?

Aparte de que está loco y puede cometer cualquier dislate —la locura, por cierto, y entre otras cosas, es una excelente pantalla que ampara la novela de la censura inquisitorial—, y sabido que recibe el castigo de ma-

4. Cfr., simplemente, J.H. Elliott, *La España Imperial, 1469-1716*, Barcelona, Vicens Vives, 1965.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

nos de los mismos libertados, el caballero actúa así porque no acepta el sistema judicial de su época. Frente a la justicia legal, él opone la justicia natural,[5] que se diferencia de aquélla por carecer tanto de un código concreto de penas y delitos, como de un aparato represivo que imponga su acatamiento por la fuerza. Defensor del mundo mítico de la Edad de Oro en la barroca edad de hierro en que le tocó vivir, don Quijote aboga por una sociedad ideal en la que no exista propiedad privada, en la que la naturaleza dé por sí misma, sin necesidad de trabajar, sustento suficiente para todos los seres humanos, y en la que, en consecuencia, no haya necesidad de jueces ni de justicia. Idealismo utópico, sin duda; pero también rechazo simultáneo de todo sistema autoritario, de cualquier imposición violenta de un hombre sobre otro. «¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?» No —responde el héroe—, ni siquiera el rey puede forzar la voluntad de nadie. Así, de este genial e idealizado modo, Cervantes pone en entredicho la base de la monarquía absoluta del XVII español desde su misma raíz, y defiende la libertad individual por encima de todo, en contra de cualquier sistema político coercitivo, incluso frente a la autoridad del rey. Por eso mismo libera delicuentes justamente condenados, para enfrentarse, no ya a las deficiencias del sistema, sino al sistema mismo; para romper una lanza por la libertad individual, en suma.

No es raro que así fuera, pues, como es harto conocido, ni siquiera acepta que la realidad sea una y la misma para todos los seres. Constantemente, vemos que lo que para Sancho son molinos de viento, para don Quijote son gigantes; lo que uno interpreta como rebaños de ovejas, le parecen ejércitos al otro; donde el caballero ve un castillo, el escudero contempla sólo una venta del camino... La realidad, pues, se entiende de diferente manera según el punto de vista personal de cada uno, según los propios condicionamientos individuales de cada hombre o mujer. El pensamiento de Cervantes al respecto se expresa aún con mayor nitidez a propósito de la archicitada discusión entre don Quijote y Sancho acerca de la bacía de barbero que al hidalgo le parece el yelmo de Mambrino. Oigamos, una vez más, al ingenioso caballero:

> [...] eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa [I, 25].

Perspectivismo puro, pues, relativismo completo de lo real, cuya autenticidad en sí carece de sentido, en tanto en cuanto cada uno lo ve desde su propia e intransferible óptica, que no coincide a menudo con la de los demás. En efecto, «a otro le parecerá otra cosa», porque la realidad no es unívoca, no tiene una sola y exclusiva lectura, sino que depende, fundamentalmente, de la perspectiva individual de cada persona; porque el enfoque de cada hombre, el «parecer» personal, es el único válido para él. Ésa es su verdadera

5. Es suficiente recordar los libros, ya clásicos, de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Hernando, 1925; reeditado con notas del autor y de Julio Rodríguez Puértolas en Barcelona, Noguer, 1972; y de José Antonio Maravall, *El humanismo de las armas en don Quijote*, Madrid, Inst. de Est. Políticos, 1948.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

realidad, la que condiciona y modifica su propia vida, la que, para bien o para mal, le sirve.[6]

De ahí que se pueda afirmar que la REALIDAD con mayúsculas, absoluta y única para todos, no existe en el mundo del *Quijote*, sino puntos de vista concretos, personales y diferentes sobre ella; condicionados, sin duda, por la educación, la cultura, la clase social, la herencia biológica, las peculiaridades psíquicas o la hondura de la profundización en el *nosce te ipsum* de cada uno; sí, pero también fruto del ejercicio voluntario de su mera libertad individual, de su voluntad independiente e incluso ajena a toda corporeidad material y física. Buen ejemplo de voluntarismo autónomo pleno es el mismo don Quijote, quien, a fin de configurarse su mundo propio, crea incluso a su dama, Dulcinea del Toboso, pensándola como una hermosa, aristocrática, refinada, culta y honesta doncella, a contrapelo de que Sancho le diga, como lo hace, que Aldonza Lorenzo es una labradora vulgar, villana, zafia y hombruna. Y es que, como es bien sabido, el caballero responde a su escudero de la siguiente y libérrima manera:

> [...] yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere... [I, 25].

Afirmación rotunda y clara de su libertad, que el héroe reitera, además, constantemente, de muy variadas maneras, a lo largo y ancho de su discurrir novelesco.

Y no sólo la suya, sino también la de los demás, como ejemplifica el caso de Marcela, la pastora que nació libre y para vivir con libertad escogió la soledad de los campos, cuya «libre condición» defiende el de la Mancha con enérgicas palabras, «puesta la mano en el puño de la espada» (I, 14).

Si rechaza la realidad física que le rodea, no debe extrañarnos que haga lo propio con los tres pilares básicos del estado moderno hispano en que transcurrió su vivir caballeresco; esto es, con la administración burocratizada, la economía basada en el dinero y el ejército regular.[7] Ya hemos señalado con qué convicción se opuso a la administración de la justicia legal. En cuanto al dinero, ni lo lleva, ni le parece necesario que un caballero andante defensor de la Edad de Oro se preocupe por tales menudencias modernas. ¡Y qué decir del ejército regular y disciplinado!, cuando él, un guerrero al fin y al cabo, no admite más órdenes que las de su propio albedrío, ni, claro es, se le pasa por las mientes jamás alistarse en uno de los numerosos tercios españoles de la época. A don Quijote, obvio es decirlo, no le interesan las guerras que España tiene en varios frentes, sencillamente, porque él no las ha elegido,

6. Prescindo de resaltar el autoconocimiento, clave cervantina en el acceso a la verdad, porque no altera ni menoscaba la libertad individual. Cfr. el notable trabajo de J.B. Avalle-Arce, «Conocimiento y vida en Cervantes», en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 15-72.

7. Como bien demostrara José Antonio Maravall, *op. cit.*

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

porque no son las suyas, sino las del Estado, institución no ya supraindividual, supranacional, con la que no puede ni quiere identificarse, dada su condición de caballero completamente libre e independiente. A lo sumo, ante la amenaza turca, se permite aconsejar al rey que convoque a...

> [...] todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco [...] [II, 1].

Locura y burlas aparte, pensar que don Quijote pudiera aceptar la rígida disciplina militar, o las imposiciones de leyes y leguleyos, o la fuerza coercitiva del dinero, es pensar en lo imposible. Nada más lejos de su ánimo que poner tales trabas o límites a su querida y todopoderosa libertad individual de caballero andante, que no reconoce otro fuero que el suyo propio.

No podía ser de otro modo en alguien cuya vida, por decirlo con palabras de Avalle-Arce, «desasida de la realidad, se halla con el único apoyo de la voluntad», en alguien cuya «voluntad se ha convertido en sujeto y objeto de sí misma», sobre todo en el momento cumbre de la penitencia en Sierra Morena, al comienzo de la cual don Quijote protagoniza «el primer acto gratuito de la literatura occidental».[8] Recordémoslo una vez más:

> —Paréceme a mí —dijo Sancho—, que los caballeros que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?
>
> —Ahí está el punto —respondió don Quijote—, y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que, si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? [I, 25].

Es evidente que, como dice A. Castro, «el mundo cervantino-quijotil nació bajo el signo de la libertad. Es por demás lógico que don Quijote proteja la huida de Marcela, y al encontrarse con la cadena de galeotes sienta la ineludible necesidad de darles suelta. Abiertas las cataratas del libre opinar, y del "a mí me parece", cada uno de esos seres encarnará algo así como un librín de caballerías bolsillable, amén de un lector y de un intérprete para su mensaje. Cervantes puso en paréntesis la sociedad de su tiempo, y se organizó para él otra más razonable, cuya estancia más frecuente fue situada bajo el abierto cielo que el sol y las estrellas esclarecen».[9]

Nada de normas fijas y válidas para todos por igual, nada de reglas universales, nada de OPINIÓN unívoca preestablecida sobre la realidad, ni sobre la política, ni sobre la justicia, ni sobre la vida, ni, por supuesto, sobre la configuración social. Sí *opiniones*, sí puntos de vista libres y divergentes.

---

8. J.B. Avalle-Arce, *Don Quijote como forma de vida*, Madrid, Fundación Juan March/ Castalia, 1976, respectivamente, pp. 153 y 155.
9. A. Castro, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, Alianza, 1974, p. 118.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

Por aquellas calendas, ubicarse en la cima, en la falda o en el pie del empinado monte social dependía, fundamentalmente, del nacimiento. Se era noble o plebeyo, hidalgo o villano, por linaje, por abolengo familiar. Se nacía en uno u otro peldaño de la escala, y era muy difícil subir la pendiente que separaba a los distintos estamentos. Además, no era sólo una cuestión de clases sociales, sino también de castas, porque, asimismo, se heredaba la sangre «limpia» o «manchada», según se fuera cristiano viejo o cristiano nuevo, esto es, hispanocatólico desde antaño o «confeso», «converso» de origen judeomorisco. Ante una configuración tan rígida y opresiva, Cervantes, una vez más, se opone, y censura los rigores de tan duro código, haciendo que su héroe afirme, orgulloso, contra los principios supuestamente inamovibles de casta y clase, que «cada uno es hijo de sus obras». Apología explícita de la libertad individual, como es habitual, que rechaza ahora de plano las teóricas cortapisas imputables a la herencia familiar. Libertad ante el determinismo de la sangre que explica, asimismo, los consejos que da a Sancho para que gobierne su ínsula, olvidándose de su origen villano y centrándose sólo en la realización de «hechos virtuosos»:

> [...] porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale [II, 42].

Pero el *Quijote* (al igual que algunas *Ejemplares*, el *Persiles*, *Pedro de Urdemalas* o el *Retablo*) no se limita a abogar por la libertad ideológica o sociopolítica, ni por la libre interpretación de la realidad física o material, ni a defender la voluntad creadora e independiente, o la libertad de los demás, etc., porque eso, sin más, no obstante su interés indudable, no sería verdaderamente importante; sino que, un paso más allá, no sólo *dice*, sino que *hace*, literariamente, más aún, *hace lo que dice*. Eso es lo auténticamente fundamental. Esa es la clave: que la libertad se convierte en la base de la poética cervantina, en el eje que explica y da sentido pleno a esta magna creación novelesca que nos ocupa. Y es que la libertad se extiende al novelista, al creador, y a los lectores, al mismo tiempo que a la creación misma y a sus entes de ficción. Veámoslo.

El novelista Miguel de Cervantes se libera a sí mismo de ataduras al mismo tiempo que da libertad a su personaje central, don Quijote. Y lo hace mediante un procedimiento narrativo nuevo en su época, porque, a diferencia de los libros de caballerías o de las novelas picarescas, en las que lo primero que aparecía era el relato de los orígenes familiares del héroe y del antihéroe, respectivamente, de Amadís de Gaula y de Lazarillo de Tormes, el uno hijo de reyes, el otro descediente de un molinero ladrón y de una lavandera que se amanceba con un morisco; a diferencia, repito, de este procedimiento determinista que limitaba por completo el desarrollo del carácter y de las posibilidades socio-morales de sus personajes, a partir ya del relato inicial de su ascendencia familiar, Cervantes hace nacer a don Quijote sin *prehistoria*, sin antecedentes familiares, sin lugar concreto de nacimiento («en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme [...]»), sin infancia ni juven-

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

tud siquiera, puesto que da comienzo a su «historia» cuando ya es viejo, con los datos mínimos imprescindibles para explicar su transformación de cuerdo en loco.[10] Es decir, el personaje literario se concibe, de este modo, en libertad plena, sin estigmas familiares ni locales que condicionen su evolución posterior, sin marcas previas que determinen, inexorablemente, su comportamiento. Libertad total que hace de don Quijote, en efecto, un hijo literario de sus obras, y que, simultáneamente, Cervantes se da a sí mismo, con el fin de poder trazar la vida de su héroe como mejor le cuadre, sin cadenas que obstaculicen su autonomía de narrador omnisciente.[11]

Los años que van de 1605 a 1615, los que median entre la Primera y la Segunda Parte de la novela, permitieron al novelista acentuar todavía más el adanismo de su personaje y su propia independencia de creador. A poco de comenzar la Segunda Parte, en uno de los hallazgos más geniales de la narración, don Quijote y Sancho conocen a un personaje que ha leído la Primera Parte de su vida, Sansón Carrasco. Hablan con él, le piden información sobre su «historia» escrita, y durante la charla, hecho insólito, los personajes critican al autor de sus peripecias, de sus andanzas, un tal Cide Hamete Benengeli, con el que muestran su disconformidad, entre otras cosas, por el hecho de ser moro, ya que los de esa raza, en opinión de don Quijote, son mentirosos;[12] se quejan, además, por el exceso de palos recibidos, dudan sobre si trató adecuadamente la honestidad de Dulcinea,[13] e incluso censuran su ignorancia...[14] Es decir, abren, magníficamente, la puerta que conduce a la máxima cota de libertad que un personaje literario puede alcanzar, la de su rebeldía contra el autor que le ha creado. Y no se detiene ahí la innovación, sino que, a raíz de la publicación del *Quijote* apócrifo de Avellaneda, Cervantes hace que caballero y escudero se encuentren en su camino con dos personajes que lo llevan, leen, y dejan leerlo a nuestros héroes, que así, en la cumbre de su independencia artística, deciden por sí mismos cuál es el *Quijote* falso y cuál el auténtico, o lo que es lo mismo, cuál es su verdadera novela, su verdadera historia. ¿Hay más libertad literaria?

---

10. Cfr. J.B. Avalle-Arce, «Tres comienzos de novela (Cervantes y la tradición literaria. Segunda perspectiva)», en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 213-243.

11. Este y otros rasgos de libertad literaria aparecen en otras novelas cervantinas, sobre todo en la bilogía que forman *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, obra que, en mi opinión, es la más próxima a la poética quijotesca de la libertad literaria, como demostré en mi artículo «Género y estructura de *El coloquio de los perros*, o cómo se hace una novela», en *Lenguaje, ideología y organización textual en las* «Novelas ejemplares» *de Cervantes*, Madrid, Univ. Complutense, 1983, pp. 119-144. La autobiografía de Berganza se desenvuelve, asimismo, con libertad, porque tampoco este perro sabe bien cuál es su origen, y duda si fueron alanos jiferos («paréceme», «debieron ser»), como ya notara, a propósito del realismo antidogmático, flexible, abierto y libre de Cervantes, Carlos Blanco Aguinaga, en «Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo», NRFH, XI (1957), 313-342.

12. «Pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas» (II, 3).

13. «Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso [...]» (II, 3).

14. «—Ahora digo —dijo don Quijote— que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tiento y sin algún discurso se puso a escribirla [...]» (II, 3).

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

—Créanme vuesas mercedes —dijo Sancho— que el Sancho y el don Quijote desa historia deben ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho [...].

—Por el mismo caso —respondió don Quijote— no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el don Quijote que él dice [II, 59].

Con estas inteligentísimas innovaciones —que llevan directamente al siglo XX, al Unamuno de *Niebla* o al Pirandello de *Seis personajes en busca de autor*—, Cervantes consigue el cenit de libertad literaria para él y para sus entes de ficción.

Si a ello unimos que el novelista utiliza el perspectivismo de sus personajes ante la realidad para evitar cualquier tipo de dogmatismo estético e ideológico;[15] que evita tomar partido, merced a un criterio de control novelesco sumamente amplio y flexible; o que se distancia, en virtud del uso magistral de la ironía novelesca,[16] de los seres que crea, entenderemos cómo Cervantes logra la completa libertad del escritor, la que le permite dominar absolutamente, sin trabas, desde arriba, los hilos de su relato.[17]

Los personajes del *Quijote* son, simultáneamente, protagonistas de sus vidas, espectadores de otras, particularmente de la locura del héroe principal, narradores y lectores, por lo que el juego de vida y literatura o de realidad y ficción alcanza una grandeza artística y una confusión de límites considerable. Si, por ejemplo, Lotario, Anselmo y Camila, los personajes de *El curioso impertinente*, son capaces de escribir y leer sonetos, es porque tienen la vida suficiente como para crear literatura o leerla; aunque su historia es sólo literatura para el cura, el barbero, el ventero y los demás personajes que tienen capacidad para leerla o escuchar la lectura de esa novela intercalada, esto es, que tienen vida para hacerlo; pero, a su vez, todos estos, junto a don Quijote y Sancho, son obra de un «historiador» arábigo, Cide Hamete Benengeli, son su creación literaria, la cual confiere vida al moro, que no es otra cosa que un producto de la pluma cervantina, etc. De este modo, al borrarse los límites precisos que separan la realidad de la ficción, el lector real del *Quijote* puede aceptar la verosimilitud del estrafalario caballero, sin duda, e incluso puede pensar en su «historicidad», pero también se da cuenta de que la perspectiva de enfoque es fundamental para captar la realidad, sea literaria o no; esto es, de que considerar algo vida o literatura depende del lugar desde el que se mira, y no tanto de la cosa observada misma, y así *entender* bien la actitud del propio don Quijote, y así, al mismo tiempo, comprender que todo depende del punto de vista, de la óptica de visión. Y, con ello, todo se relativiza, se hace más flexible, se libera, en suma, de cualquier dogmatismo.

15. Cfr. Leo Spitzer, «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*», en *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 135-187.

16. Cfr. Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1961, pp. 59. ss.

17. Cfr. Ruth El Saffar, *Distance and Control in Don Quixote. A Study in Narrative Technique*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina, 1975.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

Y no sólo eso, sino que como encuentra, además, autores diversos, anales o archivos de la Mancha, un historiador principal, Cide Hamete, un traductor, otro autor que manda traducir la versión del moro al castellano, que a su vez son también lectores de la obra, sin olvidar al autor falso (Avellaneda), ni al que don Quijote supone comenzaría su vida diciendo «Apenas había el rubicundo Apolo [...]»; al hallar tal y tan compleja multiplicidad de perspectivas referidas no ya a los personajes literarios, sino también a los creadores de tales personajes, y al ver que se confunden unos y otros, el lector no sabe si se las ve con la vida, o con la novela, o con la vida que es la novela, o con la novela que es la vida. Claro es que me refiero al lector ingenuo, al lector virgen que se ve inducido por el genial e incomparable proceso novelesco quijotil.[18]

Cervantes, sin embargo, y para ampliar todavía más la independencia suya y la del lector más avezado, ofrece con frecuencia los resortes de su creación narrativa, nos da las claves que rigen su novela al mismo tiempo que la historia de don Quijote, y nos muestra sus trucos literarios al manejar a los diversos autores ficticios y a los varios personajes narradores cuyas vidas desarrolla. Con ello, sabemos que todo es literatura, magnífica, inigualable literatura. Aunque, ¿quién sabe? Acaso nosotros también, pues como decía otro narrador genial, Borges:

> ¿Por qué nos inquieta que don Quijote sea lector del *Quijote*, y Hamlet, espectador de *Hamlet*? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios.[19]

Relativismo pleno y libre que permite cuestionar todo, hasta nuestra propia realidad, no exclusivo del *Quijote*, como se sabe, pues Pedro de Urdemalas, en la comedia que lleva su nombre, por ejemplo, pasa de ser personaje a convertirse en actor real y a manifestarse como tal ante los espectadores de su pieza dramática.

A la libertad del personaje y del autor, en definitiva, y con perfecta coherencia estética, se une la del lector (o espectador). Y ello dentro y fuera de la novela, es decir, tanto si es lector ficticio como si es lector real. Porque, al igual que hay personajes que son lectores de su propia historia (don Quijote, Sancho, Sansón Carrasco o los duques, por aludir sólo a los principales), dentro, que, por así decirlo, *se salen de la novela*, asimismo los lectores reales, fuera, tienen que *meterse dentro* de ella. Con harta frecuencia se lee literatura dentro del *Quijote*, y los personajes la juzgan, de manera semejante a como hacen con la vida, con la realidad, desde sus peculiares puntos de vista individuales. Mas como este libro único no establece fronteras precisas entre verdad e imaginación, los personajes interpretan la ficción literaria desde la rea-

18. Cfr. George Haley, «El narrador en *Don Quijote*: el retablo de Maese Pedro», en George Haley (ed.), *El Quijote*, Madrid, Taurus, 1980, pp. 269-287 (El escritor y la crítica).

19. Jorge Luis Borges, «Magias parciales del *Quijote*», en George Haley (ed.), *El Quijote*, ed. cit., p. 105.

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

lidad de sus vidas —nada más lógico en un relato cuyo héroe está loco por *leer* libros de caballerías, y entiende lo que ven sus ojos a partir de sus *lecturas* caballerescas. Y así, los citados libros de caballerías, por ejemplo, le parecen una patraña al cura, la realidad más veraz al ventero, a su mujer le sirven para deshacerse un rato de su marido, a su hija para colmar románticas ensoñaciones de amor, a Maritornes para acentuar su lascivia... Pues bien, de modo semejante, con entera libertad individual, los lectores auténticos del *Quijote*, los ubicados fuera del texto, interpretan la novela de muy diversas maneras, impelidos por la libertad interna de la obra, por la defensa de los puntos de vista individuales, contagiados por su autonomía; y a unos les parece cómica, a otros trágica, o «más triste porque hace reír», como a Lord Byron. Éste ve una prefiguración de la decadencia española, ése la novela por definición, aquél un símbolo universal de la dialéctica realismo/idealismo, o el más allá de la literatura dentro de la literatura, o la filosofía escéptica del relativismo, la crítica del sistema político, de los vicios de la sociedad barroca española, etc.

El «yo» del lector, condicionado por sus circunstancias vitales, sí, pero animado también por el ejemplo de los personajes-lectores internos, posee la misma autonomía plena que aquéllos para juzgar el libro, y se ve movido a hacerlo, y no sólo a decir si le gusta o no le gusta, si está o no de acuerdo con la visión del mundo que se le ofrece. Como se le presenta una realidad literaria múltiple y ambigua, libre y nada dogmática, casi no tiene más remedio que optar, que decidir y tomar partido por una u otra visión, en ejercicio de su libertad individual; o, si ha captado del proceso de creación, si ha sabido distanciarse como hace el autor, puede hacer lo propio, y no entrar en el juego cervantino, no caer en su «trampa» literaria, asimismo en ejercicio de su libertad siempre.

Las variopintas lecturas del *Quijote* son fruto de una concepción estética del realismo literario abierta, libre, flexible, que precisa de la colaboración del lector, a veces incluso de manera explícita, como en el episodio de la cueva de Montesinos, en la cual don Quijote dice que ha estado tres días, mientras Sancho, que se había quedado fuera de la sima, asegura que tan sólo ha descendido alrededor de una hora. Ante ello, el narrador (más bien el traductor, remitiendo a Cide Hamete), advirtiendo que el caballero nunca miente, dice: «Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere» (II, 24). El lector, pues, directamente apelado, debe interpretar una obra que se le ofrece conscientemente ambigua, nada dogmática y abierta, que necesita, en suma, de su participación activa y libre. Aunque puede —ya lo hemos dicho— distanciarse o no, y entrar en el juego cervantino desde una u otra perspectiva.

Libertad, en definitiva, como poética total de la obra cervantina, como clave coherente de su quehacer artístico, explícita e implícita, dentro y fuera de la novela, presente en los personajes, en el autor y en los lectores; obvia en la visión del mundo y en la concepción de la sociedad; manifiesta en la teoría y en la práctica literarias; siempre amplia, tolerante, defensora

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes

de las peculiaridades individuales, nunca cerrada, excepto, quizá, en eso mismo, en el mantenimiento a ultranza de la *libertad*.

No es raro, entonces, que Cervantes, orgulloso de su creación, pusiera en la pluma de Cide Hamete estas palabras: «Para mí solo nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno».

ACTAS I - ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS. Antonio REY HAZAS. Cervantes, el «Quijote»...
Centro Virtual Cervantes